EN EL NOMBRE DEL PADRE...

A principios de este mismo siglo que ya se acerca á su fin; algo después de que echamos al invasor con cajas destempladas, y un poco antes de que se afianzase, á costa de mucha sangre y disturbios, el hoy desacreditado sistema constitucional, había en la entonces pacífica Marineda cierto tenducho de zapatero, muy concurrido de lechuguinos y oficialidad, por razones que el lector malicioso no tendrá el trabajo de sospechar, pues se las diremos inmediatamente...

Llamábase el maestro de obra prima Santiago Elviña, y sería la más gentil persona del mundo, si no adoleciese de

dos ó tres faltillas que, sin desgraciarle del todo, un tantico le afeaban. Eran sus ojos expresivos y rasgados, pero en el uno, por desdicha, tenía una nube espesa y blanca que le impedía ver: y su tez fuera de raso, á no haberla puesto como una espumadera las viruelas infames. El cabello (que en sus niñeces es fama lo poseyó Santiago muy crespo y gracioso) había volado, quedando sólo un cerquillo muy semejante al que luce San Pedro en los retablos de iglesia. Y aun con todas estas malas partes ostentaría el zapatero presencia muy gallarda, á no habérsele quedado la pierna izquierda obra de una pulgada más corta que la derecha, y estar el pié correspondiente á la pata encogida algo metido hacia dentro, y zopo. Hasta se asegura que de este defecto se originó la vocación zapateril de Santiago, puesto que necesitaba calzado especial, con doble suela de corcho, y por deseo de calzarse bien, dió en aprender á calzar á los demás con igual perfección y maestría.

Porque, eso sí: de las manos y de los brazos, no solamente no era zopo San-

tiago, sino tan listo y bien dispuesto, que no había forma que se le resistiese, ni labor que no sacase acabada y primorosa. Así contorneaba el menudo chapín de tabinete negro que lucía en Semana Santa la mujer del Comandante de armas ó la sobrina del Deán, como batía la fuerte suela de las recias botas de soldados y marineros. Daba gusto ver un par de calzado en el instante crítico en que Elviña, extrayéndolo de la hormaza, lo alineaba juntándole las punteras; y, echándose hacia atrás, se recreaba en contemplar el brillo charolado, la limpieza de los puntos, la pulcritud del encerado reborde de la suela, y, en fin, todos los detalles que hermosean una obra maestra de zapatería.

Pero... no le sacasen de su oficio al buen Santiago; fuera de la habilidad pedestre, no se buscase en él otro mérito ni señal de agudeza, discreción, ingenio, oportunidad ó donaire. Había nacido llano de entendimiento, pobre de espíritu, crédulo en demasía, más que por necedad y simpleza, por candidez y bondad de corazón:

era su confianza en el género humano tan extremada, que si teniendo manos de oro para su oficio no estaba ya rico, había que atribuirlo á los infinitos pufos y chascos que le costaba su ingenuidad inverosímil; y sería cuento de nunca acabar citar nombres de personas descaradas que andaban por Marineda calzadas de balde, á cuenta del seráfico Elviña. Y es lo bueno que si alguien le daba matraca sobre el asunto, respondía moviendo la cabeza (pues era, aunque tan infeliz, unas miajas terco y tozudo):

—Pues si me debe los escarpines, peor para él. En el otro mundo tendrá que pagármelos con réditos. Sobre su alma van. A no ser que el infeliz no tenga; que entonces... Al que no tiene, el rey le hace libre. Allá arriba hay quien lleve cuentas... ¡y bien justas!

Con su cutis de criba, su nube en el ojo, su cabeza pelada y su pata coja, Santiago consiguió la dicha de encontrar una esposa, no sólo ejemplar, sino de harto buen palmito y más que medianas entendederas comerciales. Bajo su dirección

prosperó la casa, creció el modestísimo peculio, hubo aseo en la tienda, y en el hogar paz y abundancia. La zapatera discernía de parroquianos, dirigía la venta y entrega del género, y precavía las inocentadas del marido, cobrando á tocateja. Convencida de la edad moral de su esposo, se había erigido en su protectora, y solía decir: "¡Qué sería sin mí de este *pobriño!*"—La dura suerte quiso que pronto conociese Santiago cuánto perdía al faltarle el numen tutelar... Murió la esposa dando á luz una niña..., y Santiago quedó solo, y con el quebradero de cabeza de sacar adelante á la rapaza.

Esta—que se llamaba Margarita—se crió de milagro; el padre la alimentó con vasitos de leche y sopas, ayudado de las vecinas compasivas, que eran todas en aquel barrio del Jardín, y jugando con recortes de suela, retazos de cordobán, leznas y martillos, la muchacha creció, fué espigando, formándose, engruesando, echando carnes y lozaneando lo mismo que albahaca en tiesto ó rosa en rosal. Si entonces se conociesen el poe-

ma de Goethe y la ópera de Gounod, no faltaría quien encontrase poética semejanza entre la amante de Fausto y la no menos humilde Margarita zapateril, porque ésta tenía, como aquélla, el pelo rubio lo mismo que el oro, el aire modesto y jovial á la vez. No era delgada ni pálida, sino fresca y mórbida, como suelen las hijas de Marineda; fina pelusa suavizaba su tez; sangre juvenil y pura coloreaba sus mejillas, y sus ojos verdosos y límpidos eran como dos *pocitas* de agua de mar, en que se refleja el cielo.

¿Vas comprendiendo, sagaz lector, por qué estaba tan concurrida de oficiales y lechuguinos la tienda del buen Santiago Elviña?

Al llegar á la edad en que la niña se transforma en apetecible mujer, Margarita había descubierto, sola y sin ayuda ni consejo de nadie, el secreto de realzar la belleza con inocentes y baratos artificios, como el artístico peinado, la flor en el corpiño, el zapato bien hecho (tenía la fábrica en casa), el vestido de pobrísimo *guingán* ó *zaraza*, cortado con gracia y

adornado... por la hermosura de quien lo vestía. Sin más arte ni más dispendios, Margarita era un sol, y casi me parece ocioso advertir que su padre la contemplaba, á hurtadillas, con pueril orgullo.

Y verán Vds. la composición de lugar que hizo para sí el zapatero: "Todos dicen que mi hija es muy bonita y muy preciosa. ¡Vaya si lo es! No dicen sino la verdad. Aún se quedan cortos, porque vale más de lo que piensan; como que reune á esa belleza física otra cosa preferible: el genio de una santa y mucha alegría y mucho despejo, é igual disposición que su difunta madre para el gobierno y arreglo de la casa y el manejo de los cuartos. Como al mismo tiempo es tan buena y tan religiosa, ya sé yo que no tendrá un mal pensamiento ni una acción liviana. Reunida su fama de hermosa á su fama de honesta, no será ningún milagro que se prende de ella un señorito... y si no un señorito, por lo menos un artesano acomodado, como Nicéforo el ebanista, que tantas vueltas anda dando alrededor de mi tienda. El que se enamo-

re de ella, ¿qué ha de hacer sino venir inmediatamente á pegar conmigo y decirme:—Señor Santiago, yo quiero á Margarita, y esto, y esto, y lo otro.—Y yo, ¿qué he de contestar?—En siendo ella gustosa..., esto, y aquello, y lo de más allá.—Y á la iglesia... y al año, nietos.„

Muy orondo vivía con semejantes esperanzas Santiago Elviña. Nunca había tenido tanta ni tan lucida parroquia. Toda la oficialidad de la guarnición puede decirse que se surtía allí, en términos que fué preciso tomar aprendices y velar muchas noches hasta las doce y la una. Los militares pagaban al contado, no regateaban nunca, alababan el género, y por añadidura decían á Margarita cosas de miel. Santiago estaba prendado de tal clientela.

Uno de los mejores clientes era francés, y se llamaba Armando Deslauriers, maestro de armas del regimiento de Borbón. Tenía este tal muy arrogante muslo y pierna, y gustaba de realzarla, cuando salía á caballo por las tardes, con ciertas botas de montar de arrugado charol, que, según decía, nadie sabía hacer en España

sino Santiago. Ni era la bien trazada pierna el único atractivo que realzaba al profesor de esgrima; podía envanecerse y alabarse de unos bigotes castaños, lustrosos de cosmético, un cuerpo ágil y estatuario, que el diario ejercicio del florete volvía más airoso, y, en el ramo de indumentaria, preciarse de una colección de látigos con puño de plata, calzones de punto, corbatas flotantes y dijes de reloj en extremo caprichosos; todo lo cual hacía á Armando Deslauriers muy peligroso para el mujerío marinedino de cualquier estado y condición—señoras y artesanas, dueñas, casadas y doncellas. Hay que añadir que la profesión de Deslauriers infundía cierto terror á padres, maridos, hermanos y novios.

Como íbamos diciendo, el guapetón maestro de armas dió en aficionarse á las botas que fabricaba Elviña, y no pasaba momento sin que viniese á indicar alguna reforma ó mejora en las que poseía, ó á examinar cómo marchaban las que el zapatero tenía en obra. Ya era un pespunte más apretado, ya un forro media pul-